

## DE ANTONIO MIRÓ

Tengo que decir que cuando conocí a Antonio Miró, me causó impresión: por su envergadura, por su mirada, por su voz y por sus manos. Antonio, sin ser excesivamente alto, era grande. Su mirada era profunda. Su voz, grave. Y sus manos, grandes y con personalidad.

Con el tiempo, fui conociéndole poco a poco. Y, aunque siempre ha sido una persona que causaba e imponía respeto, descubrí que esa mirada profunda era la de un observador en alerta, pendiente de lo que pasa a su alrededor, y con una gran capacidad de análisis y de crítica. Esa voz profunda era la de una persona que, sin alterarse en exceso, sí era capaz de articularla para conseguir que su interlocutor asimilara claramente su mensaje. Y esas manos grandes eran capaces de sujetar con sutileza un cigarrillo, manejar con maestría y soltura un lápiz sobre una mesa de dibujo o sobre cualquier pared de una obra o de trabajar con precisión con un trozo de lija sobre un tablero integrante de alguno de los múltiples muebles que diseñó y ejecutó.

Tengo que decir que cuando entré por primera vez en *su estudio* de la calle Santiago Rusiñol, me quedé impresionado. No es que hubiera estado en muchos estudios de arquitectura, pero aquel era grandioso. Ese doble, casi triple espacio central, la perfecta distribución de zonas y sus distintos usos, su despacho dominando todo la sala de dibujo, esa sala de proyección con los diseños de asientos a modo de esculturas en la pared, el cuarto de revelado, el taller, la cocinita, la galería rematada por esa escalera de caracol, protagonista silenciosa de tantos y tan buenos proyectos. El estudio ha sido un claro ejemplo de la obra de Antonio: ordenado, práctico, espacioso y limpio. Todo estaba perfectamente estudiado y en su sitio. No faltaba nada, pero tampoco sobraba nada. Como todas las cosas buenas, perduraba en el tiempo y no pasaba de moda. Me hubiera encantado haberlo conocido en plena actividad, a mediados de los años setenta. Con todos los tableros ocupados por delineantes, las secretarias, los aparejadores en la planta superior con Antonio en su despacho... En ese despacho del que colgaba un retrato a lápiz de no sé que amigo pintor que siempre me llamó la atención, pues sintetizaba con pocos trazos su personalidad: la fuerza y profundidad de su mirada y sus manos, sujetando un cigarrillo del que se elevaba unas espirales de humo. El torso quedaba en un segundo plano, no era protagonista.

Siempre le ha gustado estar rodeado de arte. La escultura, la fotografía, el cine y la música han estado presentes en su deambular por la vida. Y nos lo inculcó a los que le hemos tratado. Su casa y su estudio han sido galerías de arte, con esculturas, cuadros y fotografías de artistas de renombre, todos amigos y admiradores. Y cómo sonaba *La Pasión según San Mateo* en su estudio de Santiago Rusiñol! Ponía los pelos de punta. O ese Mediterráneo de Serrat que tantas noches nos acompañó dibujando proyectos en Comandante Zorita. O esas canciones de su primo Antxon Valverde en euskera!

Tengo que decir que Antonio ha sido un apasionado de la arquitectura; mejor dicho, de la buena arquitectura. En este sentido, hay que decir que ha tenido suerte por la época en que ha desarrollado su actividad profesional. Ha tenido la oportunidad de desarrollar proyectos grandes y grandes proyectos, que aparentemente es lo mismo, pero la diferencia es que él hacía de cualquier proyecto, un proyecto grande. Se implicaba, lo estudiaba con minuciosidad, le daba vueltas para mejorar lo que, supuestamente, ya tenía encajado, y así hasta llegar a la solución final. Le ponía la misma entrega a una decoración de una cafetería, que a un desarrollo urbanístico, una promoción de viviendas o un complejo hotelero de primer orden. Cómo disfrutaba con los concursos! A cuántos se habrá presentado a lo largo de su vida! Tener un proyecto en la cabeza y buscarle la solución ha sido su pasión.

Tengo que decir qué importante ha sido su familia para él. En este aspecto, también ha tenido suerte. Esa gran familia de uno más siete. Su mujer, sus hijos y luego sus nietos. Su motor. Su mujer como compañera, asesora, psicóloga, complemento y apoyo. Sus hijos, cada uno con su personalidad y su carácter, pero todos ellos resultado de los valores que han recibido de sus padres. Sus nietos, sus juguetes. Y luego está su otra gran familia de hermanos, cuñados, sobrinos, etc. Con los que siempre han estado unidos y han mantenido el trato, especialmente en los veranos en ese reducto costero de Port de la Selva. Todos estuvieron con él en su despedida.

Por último, quiero decir la suerte que he tenido yo de conocer a

**Antonio Miró.**

Federico Dietl Sagüés  
Amigo y compañero de Juan Miró Sardá  
Toledo, febrero de 2011